

XXIII Domingo del Tiempo Ordinario C

La marca del Señor

"Dijo Jesús: ¿Quien no lleva su cruz detrás de mí, no puede ser discípulo mío". San Lucas, cap. 14.

Al abrir el diccionario, encontramos numerosos significados de la palabra cruz.

Una enciclopedia nos contará su historia, desde los tiempos de la reina Semíramis, cuando parece se inventó este suplicio, pasando luego a ser símbolo de escarnio, de necedad y locura, o bien de salvación. Hasta el momento en que las cruces empezaron a figurar sobre la corona de los reyes. Nos explicará también sus diversas clasificaciones: Egipcia, griega, latina, patriarcal, cuadrada, rusa, gamada y otras muchas.

Cerremos diccionarios y enciclopedias. La única cruz importante, la que puede interesarnos, es la nuestra. La que a diario nos oprime los hombros y nos aprieta el corazón: Esa situación de familia, determinada enfermedad, la convicción de nuestras limitaciones, este vicio, esta tara, aquella frustración, ese miedo, aquella amenaza.

Sin embargo, al profundizar en nuestra condición de crucificados, advertimos algo maravilloso: Entre Cristo y nosotros existe un espacio común, unos metros de tierra sobre el mismo Calvario, donde podemos conversar de igual a igual.

El y nosotros poseemos la misma experiencia que nos permite una comunicación casi perfecta.

Porque es el Jesús Crucificado. Así lo predica Pablo en sus cartas. La Cruz se le convirtió en ese apellido que también llevamos nosotros. Por eso nos entendemos de maravilla.

Pero detrás de cada dolor nuestro, de cada pena, de cada tragedia, nos torturan mucho más los infinitos porqués que nadie puede respondernos aquí abajo: ¿Por qué el mal? ¿Por qué sufren los inocentes? ¿Por qué la ingratitud? ¿Por qué el egoísmo de los poderosos? ¿Por qué no logramos ser libres?

Recordemos que el Hijo de Dios también lanza desde la cruz otra pregunta: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? El silencio de Dios es parte de la cruz. Por eso Cristo tampoco oyó ninguna respuesta inmediata. La respuesta, al tercer día, fue la Resurrección.

Para nosotros son respuestas el valor de los apóstoles, el testimonio de quienes, después de dos mil años, siguen dejándolo todo por el Señor, la amistad verdadera, la paciencia indescifrable de alguien que sufre, la fidelidad...

Jesús no ocultó a los suyos que un día llegaría hasta la cruz. El proyecto no le agradó a Pedro, quien trató de disuadirlo. Pero después de la resurrección, el Maestro no se avergüenza de su cruz. Conserva en las manos y en los pies las cicatrices de los clavos. Y a los discípulos de Emaús les explica: ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?.

¿Nos avergüenza a veces nuestra cruz? Sí. Nos es difícil confesar nuestras luchas, nuestros fallos, nuestros problemas.

Se cuenta que los soldados romanos llevaban siempre una inscripción tatuada en su brazo derecho. Llevemos allí patente y con alegría nuestra cruz. Es la marca del Señor.

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y